

Ojo de pez, Antonio J. Ruiz Munuera

(Barcelona, Editorial Juventud, 2017)

Su pelo, negro y ensortijado, aún estaba mojado; habría jurado que eran los mismos tarzanes que un rato antes nadaban en la playa. Después de chupetear un par de golosinas, parecieron más dispuestos a parlamentar. La forense –que me sorprendía a cada paso– se transformó ante los niños en un nuevo personaje; con una sonrisa de Madre Teresa y la promesa de otra bolsa de gollerías, consiguió soltar la lengua de los chiquillos. Habría apostado a que temblarían al contar lo que vieron; pero estos niños, comidos por la miseria y el hambre, necesitaban algo más que un muerto para asustarse.

Tomó la palabra el más bajito, un rapaz espabilado con ojos saltones y vivarachos que hablaban más claro que su propia voz.

- Yo te cuento lo que le pasó a la paya del pelo *colorao*, pero me juras no chivarte a los picoletos. Si me llevan otra vez al cuartelillo, mi *paere* me infla a hostias –exigió con una determinación impropia de su tamaño.

- Hecho –negoció Escarbajal, tendiéndole la mano para sellar el compromiso–. Cuéntanos lo que visteis y os invito a un bocadillo de calamares.

Antes de hablar, escudriñaron alrededor unos segundos como si aseguraran el perímetro, dicho en argot policial. Después, se miraron entre ellos, asintiendo desconfiados. Parecían aprendices de mafiosos.

- Vale. La tía buena se subió a la chimenea sola, *cargá* con una mochila *mu* grande. Con *to* el solazo, *namás* se le ocurriría a un payo esa *tontá* –explicó el pequeñajo de los ojos grandes–. Pero al rato apareció un tío. Parecía maricón, *roneando* con su pantalón largo de señorito y *to* la hostia, *¿verdá?* –dijo, buscando la aprobación de los otros pilluelos–. Iba haciéndose el *disimulao*, pero a nosotros no nos la pegan. Al principio nos creíamos que el pavo quería chingar, pero no. Se fue *parriba* detrás de la

piba. Y nosotros *callaicos*, detrás del *bujarra*, a ver qué hacía. El tío estaba gordo como una burra *preñá*, y se paró un chorro veces *pa* llegar a *to lo arto*. Si le llegamos a chorar la cartera ni se enteraba el *tontopolla* –se descojonó el criaajo, mientras lo jaleaban sus dos ayudantes–. Pero *aluego* se puso cabrón. Cuando vio la paya le preguntó no sé qué de los humos de la chimenea, y *dimpués* le dio una manta de hostias que retumbaban en la escalera. Se puso loco *perdíó*. Pero la tía también le echó *güevos*; no se achantó con la paliza.

- ¿Y todo eso lo visteis vosotros? –les interpeleé, algo más duro de lo que hubiera querido.

- *Pos* claro, copón –intervino ahora el más alto de los críos, que estaba más chupado que un junco–. ¿*Mestás* llamando mentiroso, madero mierda?

La forense intervino poniendo paz a dos manos; con una me pellizcó la espalda para frenarme y con la otra calmó al gitanillo, palmeándole el hombro para rebajarle el chute hormonal que empezaba a dominarlo.

- No le hagas caso a mi amigo. Está algo pasado, pero es un tipo legal –añadió, dirigiéndome un gesto de chifladura, con el dedo índice dándole vueltas sobre la sien–. ¿Qué ocurrió después?

- *Pos na*, que la voló –dijo, acompañando su revelación con un elocuente gesto de mimo.

- *Joer*. El *bujarra* tiró a la paya por la baranda –afirmó por fin el de los ojos grandes, echándose a llorar.

Después de su declaración guardaron silencio, afectados y nerviosos al recordar el asesinato. Eran unos críos duros, curtidos por la calle; pero, por encima de todo, solo eran eso: unos críos a los que les resbalaban los mocos por la cara.

- ¿Qué hicisteis luego? ¿Os vio ese hombre? –intervine con un tono casi cariñoso, impropio de mí.

- No nos vio ni *na* de *na*. Antes de que se *regolviese*, escapamos *pabajo* cagando leches y nos escondimos a esperarlo con un *puñao* de *pedrolos* –dijo, cogiendo varias piedras del tamaño de melocotones–. Pero el payo no salió de la torre. Se escurrió por el túnel.

- ¿El túnel? ¿Qué túnel?

- *Pos* ese pestoso que lleva a la fábrica. El que está *plateao*. *Venirse*, que lo *vai* a ver. Pero sin picoletos.

(pp. 127.129)